

- ¿Es el coronel Rappt?
- En persona.
- ¿Ha vuelto, pues, al servicio?
- Por esta noche.
- En efecto, no ha sido elegido diputado
- Quiere ser nombrado par.
- ¿Entonces está de servicio extraordinario?
- Extraordinario, ese es el término propio.
- ¿Y qué va á hacer?
- ¿Qué va á hacer?
- Os lo pregunto.
- Va, sencilla, fría y tranquilamente, cuando haya llegado delante de la barricada, á pronunciar una sencilla palabra, compuesta de cinco letras tan sólo:
- ¡Fuego!
- Y trescientos fusiles obedecerán.
- ¡Es preciso que vea eso! dijo Salvador: quizá tenga necesidad de aborrecer á ese hombre.
- Hasta el presente no hacéis...
- Sino despreciarlo.
- Seguidle, pues, es más prudente que adelantarle.
- Salvador siguió en efecto á Mr. Rappt, que avanzó recatadamente sobre la barricada, y con voz fría y clara sin haberse tomado la pena de dar las tres intimaciones que se acostumbra, pronunció la terrible palabra:
- ¡Fuego!

## CAPÍTULO X.

## EL MOTÍN PROSIGUE.

Esta horrible palabra *¡fuego!* fué seguida de una espantosa detonación; pero el grito de horror y de angustia que le siguió, fué más espantoso aún.

— ¡Fuego! repitió Mr. Rappt, en el momento en que aquella maldición iba concluyendo, desvaneciéndose por el ruido que producian los que la habian lanzado.

Los soldados, que habian vuelto á cargar sus armas, obedecieron.

Una descarga cerrada resonó de nuevo.

Un segundo grito de angustia se oyó, más terrible que el primero.

Ya no decian: « ¡Abajo el ministerio! ¡Abajo el rey! » gritaban: « ¡Mueran! »

Esta palabra, más terrible quizá que las dos descargas, recorrió toda la calle de un extremo á otro con la rapidez, explosión y ruido del rayo.

La barricada del pasaje del Gran Ciervo fué abandonada por los amotinados y ocupada por los soldados de Mr. Rappt.

Este, á la cabeza de sus soldados, dirigía sus miradas, llenas de hiel y rencor, sobre aquel pueblo que acababa de hacerle experimentar tan completa derrota. Hubiera dado cualquier cosa por tener delante á todos los electores que recibía hacia tres días, sin hablar del farmacéutico y del cervecero, de los dos Bouquemont y de monseñor Coletti:

¡ con qué placer los hubiera cogido infraganti delito, y vengado en ellos su derrota !

Pero ninguno de los que Mr. Rappt hubiera querido hablar estaban allí ; el farmacéutico hablaba tranquilamente con su amigo el cervecero ; los dos Bouquemont se calentaban devotamente las piernas ante un buen fuego, y monseñor Coletti estaba regalada y muellemente acostado en su cama, soñando despierto que monseñor de Quelén había muerto, y que acababa de ser nombrado arzobispo de París.

Mr. Rappt no consiguió encontrar á ningún conocido ; pero á falta de ellos, miró con ira á los enemigos naturales de los ambiciosos, á los obreros y la clase media. Se diría que hubiera querido destruirlos con una sola mirada, y mandando cargar sobre la multitud, se lanzó á la cabeza de un destacamento de caballería, con objeto de ejecutar, en lo posible por sí mismo, la orden dada.

Corrió, pues, siguiendo á los fugitivos, destruyendo cuanto encontraba á su paso, hollando con los cascos de su caballo á los desdichados que caían por tierra, acuchillando y derribando á los que permanecían de pie ; con los ojos inflamados y sable en mano, parecía, no el Ángel exterminador, porque le faltaba la tranquilidad divina, sino el demonio de la venganza. Luego que, por la rapidez de su carrera, llegó á otra barricada, que parecía indefensa, recogió las riendas de su caballo y quiso hacerle saltar el inesperado obstáculo que se le presentaba.

— ¡ Alto ahí, coronel ! dijo una voz que parecía salir de debajo de la tierra.

El coronel se inclinaba sobre el cuello de su caballo para procurar conocer al que le dirigía aquella intimación, cuando por un fenómeno inexplicable para él, con tanta

energía y vigor se ejecutó, su caballo, perdiendo pies, fué á rodar sobre las piedras, arrastrándole naturalmente en su caída.

Hé aquí lo que había sucedido y las circunstancias que produjeron lo que Mr. Rappt pudo tomar por un momento por un temblor de tierra.

Cualquiera que fuese el deseo de los soldados de Mr. Rappt de seguirla, el coronel, mucho más ardiente, y además mucho mejor montado que ellos, apenas franqueó la barricada, se lanzó con tal rapidez, que puso entre sí y los soldados una distancia de más de treinta pasos.

Y detrás de esta barricada, pues, del mismo modo que no hay humo sin fuego, no hay barricadas sin barricadores, estaba oculto Juan Taureau, que había ido á buscar á Toussaint Louverture y á Saco de Yeso, á quienes el fuego de los soldados de Mr. Rappt habían naturalmente dispersado.

Salvador le había dado la orden de unirse á ellos y hacerlos entrar en sus casas, y Juan Taureau los buscaba para hacerles cumplir de grado ó por fuerza la orden que había recibido.

Ahora, después de una requisa, si no feliz, al menos escrupulosa, no habiendo encontrado á nadie el honrado carpintero, iba á retirarse, cuando oyó la primera descarga que mandó hacer Mr. Rappt.

— Parece que Mr. Salvador tenía razón, murmuró Juan Taureau, y que en algún tanto se va á hacer una *carnicería* con los paseantes.

Pedimos perdón á nuestros lectores por esta expresión, que podrá parecer á los lectores perteneciente á un lenguaje más que familiar ; pero Juan Taureau no pertenecía á la escuela del abad Delille, y esa palabra expresaba tan bien su pensamiento, y en rigor traduce también el

nuestro, que se perdonará la forma en razón del fondo.

— En su consecuencia, continuó el carpintero, creo que será prudente hacer lo que me parece habrán hecho mis amigos, es decir, retirarme.

Por desgracia, era una resolución más fácil de tomar que de ejecutar.

— ¡ Diablo ! ; diablo ! continuó el carpintero dirigiendo una mirada á su alrededor, ¿ cómo hacerlo ?

Efectivamente, delante de Juan Taureau huía una espesa muchedumbre, y era difícil abrirse paso por ella ; además que el carpintero no quería huir, ni aparentar que huía.

Por su espalda, la caballería, con sable en mano, venía al galope.

Por último, á derecha é izquierda, por las estrechas calles que desembocaban en aquella, estaba prohibido el paso, cada una de las bocacalles estaba guardada por un piquete de soldados, con bayoneta calada.

Sabemos ya que nuestro amigo Juan Taureau no era la presencia de ánimo en persona ; por lo cual dirigía extrañadas miradas, cuando descubrió una segunda barricada que dejaba detrás de sí la multitud, y detrás de la cual empezó por refugiarse.

En las circunstancias graves, se busca desde luego un abrigo, y eso fué lo que hizo Juan Taureau. Dos ó tres hombres, ocultos en un rincón de esta barricada, parecían tener la misma idea que él.

Pero Juan Taureau buscaba en aquel momento, no un refugio como el de aquellos, sino una vigueta gruesa, una andamiada, un objeto cualquiera con que cerrar la brecha de la antedicha barricada, detener la caballería, y tener tiempo para retirarse sano y salvo.

Descubrió un pequeño carro, y se dirigió á él, no para

llevarlo rodando, en lo cual hubiera tardado mucho, por estar la calle llena de piedras arrancadas, sino para llevarlo levantado hacia la brecha.

Iba á cerrar todo lo artísticamente posible la solución de continuidad que le preocupaba, cuando una agresión inesperada le obligó á cambiar el destino del carro, y en lugar de arma defensiva, la convirtió en arma ofensiva.

Digamos quiénes eran los tres ó cuatro hombres que vió ocultándose detrás de la barricada Juan Taureau, lo que hacían y sobre qué disertaban.

Hablaban sobre la identidad de Juan Taureau.

— Es él, había dicho primero un personaje de largo y descolorido rostro.

— ¿ Quién, él ? preguntó otro con acento provenzal muy marcado.

— El carpintero.

— Y bien, pero hay seis mil carpinteros en París.

— Es Juan Taureau.

— ¿ Tú lo crees ?

— Estoy seguro.

— ¡ Hum !

— ¡ Oh ! no es cosa de hacer hum.

— Por lo demás, dijo otro, hay medio muy sencillo de descubrir la verdad.

— Muchos hay ; ¿ de cuál hablas tú ?

— Cuando yo hablo del más sencillo, hablo del mejor.

— Entonces explícate ; pero habla bajo y pronto, que el bribón puede escapársenos.

— Hélo aquí, repuso el que tenía acento provenzal. ¿ Qué haces tú, Paja-Larga, cuando quieres saber qué hora es ?

— Acostúmbrate de una vez para siempre á nombrar á las personas por sus nombres.

— ¿Tienes la fatuidad de creer que tu nombre es conocido?

— No, pero no importa, ¿preguntas qué hago cuando quiero saber qué hora es?

— Sí.

— La pregunto á los imbéciles que tienen reloj.

— Pues bien, para asegurarte de la identidad de un individuo, basta...

— Preguntárselo.

— Qué belitre eres, acabas de inventar el único medio que existe para no saberlo.

— ¿Qué es preciso hacer entonces?

— No se debe preguntar su nombre sino decirselo.

— No comprendo.

— Porque tú no eres el Cristóbal Colón de la pólvora, querido amigo; pero, atiéndeme bien. Yo te veo entre la multitud, creo reconocerte y á pesar de eso dudo.

— ¿Qué haces?

— Me acerco poco á poco á ti; me coloco á tu lado con gracia; me quito el sombrero con política, y te digo con una voz de inefable dulzura: Buenos días, querido Paja-Larga.

— Es verdad; pero yo contesto con una voz no menos dulce: Mi querido señor, os equivocáis; yo me llamo Buenaventura ó Crisóstomo. ¿Qué tienes que decir á esto?

— Te engañas, querido amigo, no contestas eso, porque es necesario ser muy listo para prever las sorpresas. Haces por el contrario un movimiento cualquiera al oírte llamar, cuando tienes interés en no ser conocido. Después de aquel movimiento, tu rostro expresa el asombro de un modo ó de otro. Ahora, nota, futuro mayordomo de fábrica de mi corazón, que el coloso aquí presente es poco más

ó menos tan impresionable como el mismo coloso de Rodas podía serlo y todos los de cualquiera otra parte. Basta, pues, que te aproximes á él y que le digas con esa pingosa elocuencia que te distingue: Buenos días, querido señor Juan Taureau.

— Si, replicó Paja-Larga, solamente temo que nuestro carpintero no ponga en su contestación las palabras de urbanidad que yo pondría en mi pregunta.

— Expliquemos esas palabras; tienes miedo que te suelte un puñetazo.

— Llama sentimiento al que experimento de miedo ó de desconfianza; poco me importa, pero...

— Pero tú dudas.

— Lo confieso.

Continuaban nuestros tres compañeros en sus propósitos cuando un cuarto personaje, casi tan alto como Paja-Larga pero tres veces más grueso que él, se mezcló entre los que hablaban preguntando:

— ¿Se puede terciar en vuestra conversación, queridos amigos?

— ¡Gibassier! dijeron á una voz los tres agentes.

— ¡Chito! dijo Gibassier, ¿dónde estamos?

— Estábamos en tu aventura del boulevard de los Inválidos, dijo Carmañola: hablábamos del hombre que te estrechó el pescuezo hasta hacerte experimentar los placeres que experimentan, ó que dicen experimentar los que cueigan.

— ¡Oh! aquél, dijo Gibassier rechinando los dientes, si lo encuentro alguna vez...

— ¡Eh! justamente, dijo Carmañola, se ha encontrado.

— ¿Cómo, encontrado?

— Mira, continuó Carmañola, mostrándole á Gibassier

á aquel que hacia cinco minutos era objeto de la conversación, ¿ es aquél ?

— ¡ Sí, es aquél ! exclamó el ex forzado, furioso, lanzándose sobre Juan Taureau ; ¡ por San Gibassier, vais á ver si es él !

Y con una pistola en la mano, se lanzó sobre Juan Taureau.

Carmañola, viendo á Gibassier saltar sobre Juan Taureau, siguió á Gibassier haciendo señal á Paja-Larga para que á su vez le siguiese.

Paja-Larga hizo señal al cuarto compañero para que imitase el ejemplo que le daban.

Juan Taureau acababa de levantar el carro por las varas, y lo llevaba en sus brazos, cuando Gibassier se lanzó sobre él, seguido de sus tres amigos.

El ex forzado dirigió su arma hacia el carpintero é hizo fuego.

El tiro salió ; pero la bala fué á clavarse en el centro de una plancha del carro, el cual cayendo pesadamente sobre Gibassier, cogió su cabeza entre los varales, se detuvo sobre su espalda, y abatió al ex forzado, dándole el aire de un hombre preso por una argolla : pero teniendo al rededor de su cuello en lugar de una sencilla plancha de madera un carro tan pesado, que el aerolito del boulevard de los Inválidos le pareció una almohadilla de lana en su comparación.

Este espectáculo asustó á Paja-Larga, consternó á Carmañola y aterró al tercer acólito.

Por lo cual, todos tres huyeron abandonando á Gibassier á su suerte, cualquiera que esta fuese.

Pero no era Juan Taureau un hombre de quien se podia escapar tan fácilmente. Sin inquietarse lo más mínimo por

aquel que permanecía prisionero bajo el peso del carro, saltó por encima de los varales y de cuatro ó cinco saltos alcanzó á uno de los fugitivos.

Era Paja-Larga.

Después, arrastrándolos á los dos desvanecidos, el uno del golpe que habia dado, y el otro con el que habia recibido, los arrojó en el carro, y sin inquietarse del disgusto que semejante movimiento podia causar á Gibassier, le dirigió hacia la brecha, la cual se encontró por ese medio reparada á través de las descargas cerradas del coronel Rapt, el cual no se figuraba, al dirigir sus hombres sobre aquella fortificación, que estaba separada, aumentada y defendida por un solo hombre.

Durante aquel tiempo, Gibassier se debatía debajo del carro, como Encélado sobre el monte Etna.

Esto fué lo que le perdió.

Juan Taureau se dirigió á la carreta para ver cuál era la causa de su balanceo ; y vió la cabeza de Gibassier que aparecia por entre dos varales.

Hasta entonces no lo habia conocido.

— ¡ Ah ! miserable, exclamó. ¡ eres tú !

— ¡ Cómo, yo ! dijo el ex forzado.

— Sí, tú... tú, que estás enamorado de Filina.

— Os juro, dijo Gibassier, que no sé lo que queréis decirme.

— Pues bien, voy á enseñártelo, dijo Juan Taureau.

Y sin inquietarse por lo que sucedía á su lado, delante ó detrás, levantó su puño como una maza y lo dejó caer produciendo un sordo ruido sobre la cabeza de Gibassier.

En el mismo instante, Juan Taureau experimentó una violenta sacudida, y se encontró debajo del vientre de un caballo.

El coronel Rappt franqueaba la barricada.

Las piernas del caballo se encontraron sujetas entre los maderos y las piedras, mientras las manos caían sobre los varales del carro.

Juan Taureau sólo tuvo que hacer un movimiento sobre sus robustos riñones para derribar al animal, que perdió el equilibrio sobre el movedizo terreno en que maniobraba.

Hizo este esfuerzo diciendo :

— ¡ Alto ahí, coronel !

Y como lo había hecho concienzudamente, caballo, y caballero rodaron por el empedrado, ó mejor dicho, sobre las piedras.

Juan Taureau iba á saltar sobre el coronel Rappt, y según todas probabilidades, á acomodarlo por el estilo de Gibassier, cuando los soldados de caballería, que seguían al coronel y que se habían quedado un poco detrás, aparecieron con sable en mano á dos ó tres metros de la barricada.

— ¡ Por aquí, por aquí, viejo ! dijo una voz ronca que Juan Taureau conoció que no le era enteramente desconocida.

Y al mismo tiempo sintió que le tiraban de la ropa.

Se levantó con rapidez, y de un salto se colocó en la calzada, sin inquietarse por aquel que le había dado el cariñoso aviso, dejando á los cuerpos inanimados de Carmañola y Paja-Larga hacer parte de la barricada que iba á saltar la caballería del coronel Rappt.

Tampoco se inquietó por Gibassier, que continuaba detenido por el carro.

Comprendió vagamente que ya era tiempo de ocuparse de sí.

El sentimiento instintivo de la conservación fué el que le obligó á buscar la calzada.

Allí oyó de nuevo aquella misma ronca voz, que le decía :

— ¡ Más cerca de las casas, más cerca, ó sois muerto !

— Se volvió y conoció á Fafiou.

Un buen aviso no deja de serlo, aunque sea dado por un enemigo ; pero Juan Taureau era demasiado testarudo para reconocer la verdad de esta máxima ; no vió en Fafiou más que el antiguo amigo de la señorita Fifina, y que tan crueles ratos le había hecho pasar ; se dirigió al pobre Fafiou, rechinando los dientes, con los puños cerrados y mirándolo de un modo amenazador.

— Eres tú, mal bufón, le dijo : ¿ quién te permite que me digas viejo mío ?

— Diantre, si, soy yo, Bartolomé, dijo Fafiou ; porque no quería os sucediese alguna desgracia.

— ¿ Y por qué no querías me sucediese alguna desgracia ?

— ¡ Porque sois un valiente !

— ¿ Entonces, tu intención al decirme, por aquí, viejo mío, no era la de provocarme ? preguntó Juan Taureau.

— ¡ Provocaros á vos ! exclamó temblando Fafiou. No, yo quiero preveniros de lo que sucede. Atended, atended : ¡ hé aquí que los soldados van á hacer fuego ! venid ligero á esta avenida ; tengo conocimiento en la casa, y podremos tranquilamente esperar en ella que todo se tranquilice.

— Está bien, está bien, dijo Juan Taureau, no tengo necesidad de tus consejos ni de tu protección.

— ¡ Ocultaos, al menos, ocultaos ! dijo Fafiou procurando atraer el gigante hacia sí.

Peró en el momento en que decía Fafiou estas palabras, Juan Taureau se encontró envuelto en una nube de humo,

resonó una espantosa detonación, silbaron las balas y vió rodar á sus pies á Fafiou.

— ¡ Mil rayos ! dijo Juan Taureau, mostrándoles el puño á los soldados : ¿ se asesina aquí así ?

— ¡ Á mi ! señor Bartolomé, ¡ á mi ! murmuró Fafiou con una voz tan débil como la de un moribundo.

Este llamamiento llegó hasta el alma del valiente carpintero ; se bajó con rapidez, cogió en brazos á Fafiou, y haciendo saltar de un puntapie la puerta que Fafiou le había indicado y que durante la discusión había estado cerrada.

En el momento en que entraba, Mr. Rappt, que acababa de levantar su caballo y de subirse sobre él, gritaba con voz furiosa :

— Acuchillad y fusiladme á todos esos bergantes.

Los soldados franquearon la barricada.

Ochenta caballos al galope pasaron sobre el cuerpo de Carmañola y de Paja-Larga.

Pedid á Dios por sus almas.

En cuanto á Gibassier, habiendo conseguido salir de su argolla, se había deslizado agachándose á través de la barricada, y con gran trabajo echó á correr por el lado opuesto al que había tomado Juan Taureau, llevando á Fafiou.

— ¡ Y bien ! había dicho Juan Taureau, hénos ya en la avenida, ¿ y ahora ?

— En el quinto, contestó con voz débil Fafiou.

Y se había desmayado.

El gigante subió los cinco pisos, sin tener necesidad de hacer alto ; Fafiou no pesaba en sus brazos más que pesa un niño en los de un hombre cualquiera.

Al llegar á aquel piso, que era el último de la escalera, Juan Taureau se encontró con siete ú ocho puertas que daban á la meseta.

No sabiendo á cuál llamar, consultó con Fafiou ; pero aquel desgraciado, con las mejillas pálidas, los labios cárdenos y los ojos cerrados, no daba señal de vida.

— ¡ Hé ! ¡ muchacho ! dijo Juan Taureau conmovido, ¡ hé ! ¡ muchacho !

Pero Fafiou permaneció inmóvil.

Aquella palidez é inmovilidad enternecieron profundamente al carpintero, quien para disimular de algún modo su emoción, murmuró :

— ¡ Muchacho ! voto al chápíro. ¡ muchacho ! vuelve en tí, tú no has muerto, ¡ qué diablos ! es una necedad ejecutar farsas como ésta.

Pero Fafiou estaba lejos de representar una farsa á Juan Taureau ; había recibido un balazo que le había atravesado parte de la espalda, y estaba desmayado, no sólo por el dolor, sino por la pérdida de sangre.

El muchacho guardó el más absoluto silencio.

— ¡ Voto al chápíro ! repitió Juan Taureau.

Este juramento podía traducirse por esta pregunta :

— ¡ Qué hacer !

Se acercó á la puerta más cercana y llamó con el codo, diciendo :

— ¡ No hay nadie, hola, no hay nadie !

Al cabo de algunos segundos, una llave giró en la cerradura, y un hombre asustado apareció en camisa y calzonzillos sobre el umbral de la puerta.

Traía en la mano una candileja que temblaba en sus manos, ni más ni menos que la luz en la mano de Sganarelle, cuando éste precede al comendador en casa de don Juan.

— He iluminado, señores, he iluminado, dijo, creyendo que venían á castigarlo por su poca simpatía por el resultado de las elecciones.

— No se trata de eso, interrumpió Juan Taureau. Hé aquí un camarada, y designó á Fafiou, que está herido de mucha gravedad; tiene conocidos en este piso, y quiero depositarlo donde sea. Vos, que sois de la casa, podréis probablemente decirme á qué puerta debo llamar.

El hombre de los calzoncillos se atrevió á dirigir una mirada sobre el herido.

— ¡ Eh! es Mr. Fafiou, dijo.

— ¡ Y bien! preguntó Juan Taureau.

— Pues bien, ahí probablemente será, contestó.

Y señaló la puerta que estaba enfrente de la suya.

— Gracias, dijo Juan Taureau dirigiéndose hacia la puerta indicada.

Y llamó.

Pasaron algunos segundos, y se oyeron ligeros y vacilantes pasos que se aproximaban á la puerta.

Juan Taureau llamó por segunda vez.

— ¿ Quién es? preguntó una voz de mujer.

— Fafiou, dijo el carpintero, á quien le pareció más natural decir el nombre del herido que el suyo.

Pero su cálculo era errado; la amiga de Fafiou no sólo lo conocía, sino también su voz, por lo cual exclamó:

— ¡ Es falso! no conozco su voz.

— ¡ Diantre! repuso Juan Taureau, tiene razón, no puede conocer la voz de Fafiou, puesto que es la mía.

Reflexionó un momento; pero ya hemos dicho que no era la cualidad dominante en Juan Taureau la espontaneidad de ideas.

Felizmente, el de los calzoncillos vino en su ayuda

— Señorita, dijo, si no conocéis la voz de Fafiou, ¿ conoceréis la mía?

— Sí, contestó la joven, vos sois mi vecino Mr. Guyomard

— ¿ Tenéis confianza en mí? preguntó Mr. Guyomard.  
— Sin duda; no tengo motivo alguno para desconfiar de vos.

— Pues bien, señorita, abrid vuestra puerta por amor de Dios; vuestro amigo Mr. Fafiou está herido y necesita socorro.

La puerta se abrió con una prontitud que no dejaba duda alguna sobre la clase de interés que la joven tomaba por el herido.

En efecto, la joven no era otra que la Colombina del teatro del Sr. Galileo Copérnico.

Exhaló un grito de sorpresa al ver á su camarada desvanecido y bañado en su sangre, y se arrojó sobre el pobre Fafiou sin inquietarse por Juan Taureau, que llevaba aquel cuerpo inerte, ni por su vecino, quien con pulso más sereno iluminaba aquella escena, sabiendo que no corría riesgo alguno.

— Así, pues, señorita, preguntó el carpintero, ¿ queréis recibir á este pobre diablo?

— ¡ Oh! ¡ Dios mio! ¡ al momento! exclamó la Colombina.

El vecino les precedió alumbrando; Juan Taureau le seguía con el herido, y la joven entró detrás.

El carpintero dirigió una mirada rápida sobre el mueblaje de la habitación: había una mesa, varias sillas y una cama.

No había lugar á elección; depositó á Fafiou sobre el lecho, sin pedir permiso siquiera á la dueña de la habitación.

— Ahora, dijo, desnudadlo con cuidado. Voy á buscar un médico, y si tarda en venir, no os impacientéis, porque no se circula tan fácilmente hoy por las calles.



Y el valiente Juan Taureau bajó rápidamente la escalera y corrió á casa de Ludovico.

Ludovico no estaba en su casa; pero cuando faltaba hacia dos días, ya se sabía dónde hallarlo.

Hacia dos días que Rosa de Noel había sido conducida á la calle del Olmo.

Del mismo modo que la Brocante había encontrado una mañana la habitación de Rosa de Noel desocupada por el lindo pájaro que la alegraba; otra mañana, como lo había previsto Salvador, se había encontrado á la joven apaciblemente dormida en su lecho.

Muerto Mr. Gerard, nuestro amigo Mr. Jackal no tenía motivo alguno para separar á la niña, que podía dar, si no pruebas evidentes, al menos indicios sobre el negocio Sarrantí.

Interrogada cuando despertó Rosa de Noel, contestó que había sido llevada á una casa donde unas buenas religiosas habían tenido los mayores cuidados por ella, donde le habían dado muchos bombones y dulces, no teniendo otra pena que la de estar separada de su buen amigo Ludovico.

Después, como temiese que no se volviese á renovar semejante cosa, la tranquilizó Salvador diciéndole, que no dudase, que iba á vivir á una buena casa de pensionista, donde aprendería lo que todavía ignoraba, y que Mr. Ludovico podría visitarla dos veces á la semana mientras llegaba el día en que saliese para ser mujer de Ludovico.

Todo esto no era muy aterrador. Así que, Rosa de Noel consintió; sobre todo cuando Ludovico le dijo que aprobaba completamente las determinaciones de Salvador.

Tan sólo los dos jóvenes pidieron ocho días de vacación, los cuales les fueron concedidos por su buen amigo Salvador.

Hé aquí cómo Ludovico estaba en la calle del Olmo, en vez de estar en su casa.

En un momento atravesó Ludovico el espacio que separa la calle del Olmo de la calle de Saint-Denis, y estuvo al lado de Faffou.

Permitásenos volver al motín, que por otra parte estaba concluyéndose.

Desde el momento en que Juan Taureau se retiró, se había convertido la calle en un campo de batalla, si llamarse puede así á un sitio estrecho donde se comete una horrorosa matanza, y en un encuentro en que un partido está armado con sables y fusiles, y el otro grita y huye.

Efectivamente, ninguna resistencia se había organizado, ninguna resistencia se hizo.

Los hospitales recibieron los heridos.

La Morgue recibió los muertos.

Los periódicos de la mañana no refirieron sino una parte de los acontecimientos, pero de voz pública se sabía el resto.

Las cargas de caballería dirigidas por Mr. Rappt tomaron el título de dragonadas de la calle Saint-Denis.

El ministerio Villele, que había creído consolidarse por el terror, se deslizó en la sangre y cayó, para dar lugar á un ministerio más moderado, en el cual entraron Mr. de Marande, como ministro de Hacienda, y Mr. de Lamotte-Houdón, como ministro de la Guerra.

En cuanto á Mr. Rappt, á consecuencia de sus buenos y leales servicios en la calle Saint-Denis, fué nombrado mariscal de campo y par de Francia.

## CAPÍTULO XI.

EN EL QUE SE ENCUENTRA AL PADRE ESPERANDO ENCONTRAR  
Á LA HIJA.

Algunos días después de los acontecimientos que acabamos de narrar, y que son en nuestro libro lo que ciertas estepas áridas son en los países más fértiles y en los más hermosos paisajes, es decir, esa especie de desiertos que absolutamente es preciso atravesar para llegar á los oasis; el general Le Bastard de Premont, tolerado en París por la palabra dada por Salvador á Mr. Jackal, de que, una vez salvo Mr. Sarranti, no tenía ningún mal designio contra el gobierno, Mr. Le Bastard de Premont, decimos, venía á despedirse con Mr. Sarranti de aquel á quien llamaremos desde ahora cada vez menos el mandadero, para llamarlo más por Conrado de Valgeneuse.

Estaba éste sentado en los salones de Salvador, teniendo á su izquierda á su joven y á la derecha á su viejo amigo.

Al cabo de una media hora de agradable é íntima conversación, el general Le Bastard de Premont se levantó tendiendo la mano á Salvador en señal de despedida; pero éste, que desde su llegada parecía preocupado por una idea, se detuvo, suplicándole con su apacible y dulce sonrisa que le concediese algunos minutos para una comunicación retardada hasta entonces, pero cuya ocasión, según decía, le parecía haber llegado.

Mr. Sarranti hizo un movimiento para retirarse y dejar al general solo con Salvador.

— ¡ Oh ! no, dijo el joven, habéis participado de todos los disgustos del general; es justo que participéis de su alegría cuando el día de la alegría ha llegado.

— ¿ Qué queréis decir, Salvador ? preguntó vivamente el general, y ¿ qué alegría puedo tener en adelante, excepto la de ver á Napoleón II sobre el trono de su padre ?

— Y sin embargo, es otra dicha, general, replicó Salvador.

— ¡ Ay de mí ! no la conozco, contestó éste moviendo la cabeza.

— Pues bien, general, referid vuestros disgustos, y en seguida os contaré vuestras alegrías.

— Sólo he tenido tres grandes disgustos en este mundo, dijo Mr. Le Bastard de Premont: el primero y el mayor, la muerte de mi dueño; el segundo, añadió volviéndose hacia Mr. Sarranti y tendiéndole la mano, la sentencia de mi amigo; y el tercero...

El general frunció enérgicamente el entrecejo y se detuvo.

— ¿ El tercero ? preguntó Salvador.

— El tercero es la pérdida de una niña á quien hubiera amado como amaba á su madre.

— Pues bien, general, dijo Salvador, una vez que conocéis el número de vuestros pesares, voy á haceros conocer el de vuestras alegrías. Así, pues, es una primera alegría la de espesar la vuelta del hijo de aquel que llama más vuestro dueño: la segunda es la salvación y rehabilitación de vuestro amigo; por último, sería la tercera la vuelta de vuestra muy amada hija.

— ¿ Qué queréis decir ? exclamó el general.

— Y bien, ¿ quién sabe ? dijo Salvador, quizá pueda proporcionaros esa suprema alegría.

- ¿ Vos ?
- Sí, yo.
- ¡ Oh ! hablad, hablad, amigo mío, dijo el general.
- Hablad pronto, dijo Mr. Sarranti.
- Todo depende, continuó Salvador, de las respuestas que deis á las preguntas que os voy á dirigir. ¿ Habéis ido alguna vez á Rouen, general ?
- Sí, dijo el general estremeciéndose.
- ¿ En muchas ocasiones ?
- Una sola.
- ¿ Hace mucho tiempo ?
- Quince años.
- ¿ Según eso, fué en 1812 ? dijo Salvador.
- Sí, en 1812.
- ¿ Era de día ó de noche ?
- De noche.
- ¿ Fuisteis en silla de posta ?
- Sí.
- No os detuvisteis más que un momento en Rouen.
- Es cierto, contestó el general cada vez más asombrado, para dar descanso á los caballos y preguntar por el camino de una pequeña aldea, á la cual me volvía.
- Esa pequeña aldea, dijo Salvador, se llamaba La Bouille.
- ¡ Y qué ! exclamó el general, sabéis...
- Sí, dijo riendo Salvador, sí, lo sé, general, y otras muchas cosas más, si me dejáis que concluya. Habiendo llegado á La Bouille, la silla de posta se detuvo ante una casa de miserable aspecto, un hombre bajó del carruaje llevando en sus brazos un fardo informe y muy voluminoso ; es inútil decir que aquel hombre erais vos, general.
- Efectivamente, era yo.

— Una vez delante de la casa, examinasteis con atención las paredes de la casa y la puerta, sacasteis una llave del bolsillo ; abierta la puerta, hallasteis á tientas una cama, sobre la cual depositasteis el fardo que teniais en vuestros brazos.

— Es verdad, dijo el general.

— Una vez depositado, sacasteis un bolsillo y una carta, que pusisteis sobre el primer mueble que encontrasteis. Después, cerrando silenciosamente la puerta, subisteis al carruaje y los caballos tomaron el camino del Havre : ¿ son exactos todos estos hechos ?

— De tal modo, dijo el general, que á no haberlos presenciado, no sabría comprender cómo los habéis sabido.

— Nada más sencillo, y lo comprenderéis al momento. Prosigo, pues : estos son los hechos que conocéis y que me prueban que las noticias son buenas y que mis esperanzas no se desvanecerán.

Hé aquí ahora lo que no conocéis.

El general redobló su atención.

— Una hora después de vuestra marcha, una buena mujer, que volvía del mercado de Rouen, se detuvo delante de la misma casa, donde os habiais detenido, sacó una llave y abrió la puerta, dando un grito de asombro, al oír, desde que entró en la habitación, los gritos de un niño.

— ¡ Pobre Mina ! murmuró el general.

Sin aparentar fijarse en la interrupción, continuó Salvador :

— La buena mujer se apresuró á encender luz, y guiada por los gritos, vió una cosa blanca que se movía, y debatía sobre la cama ; levantó un largo velo de muselina, descubriendo una encantadora niña de cerca de un

año, fresca, sonrosada y el semblante inundado de lágrimas.

El general pasó la mano por sus ojos para enjugar dos gruesas lágrimas.

— Grande fué la sorpresa de la buena mujer, encontrando la habitación, que había dejado vacía, tan extrañamente ocupada. Tomó á la niña en sus brazos, la examinó volviéndola y revolviéndola en todos sentidos; buscando en sus vestidos un indicio cualquiera sobre su origen, pero no descubrió nada, sino que los pañales de la niña eran de la más fina batista, y el velo que la cubría de riquísimo punto de Alenzón, todo llado, como ya hemos dicho, en una pieza de muselina de Indias.

Eran unos indicios muy vagos.

Pero los tuvo más positivos, cuando encontró sobre la mesa la carta y el bolsillo que habíais dejado allí.

El bolsillo contenía 1.200 francos.

La carta estaba concebida en estos términos, poco más ó menos:

« Desde el día 28 de Octubre del año próximo, aniversario de hoy, recibiréis, por la intermediación del cura de La Bouille, la suma de 100 francos por mes.

» Dad á la niña la mejor educación que podáis y sobre todo la de una mujer arreglada. Dios sólo sabe á qué pruebas está reservada. »

La carta concluía por estas palabras:

« Su nombre de bautismo es Mina; no debe llevar otros hasta que le sean devueltos los que le corresponden. »

— Era el nombre de su madre, murmuró el general, presa de la más viva agitación.

— La fecha de esta carta, continuó Salvador, sin aparentar que notaba la agitación de aquel á quien se dirigía, era la de 28 de Octubre de 1812; ¿la reconocéis bien lo mismo que vuestras palabras?

— La fecha es exacta, las palabras son textuales.

— Si dudásemos, continuó Salvador, no tendríamos más que cerciorarnos si esta letra es la vuestra.

Y Salvador sacó de su bolsillo una carta que presentó al general.

El general la abrió precipitadamente, y al leerla, como si toda su energía se hubiese agotado, se inundaron sus mejillas de lágrimas. Mr. Sarranti y Salvador dejaron correr silenciosamente esas lágrimas.

Después de algunos instantes repuso Salvador:

— Ahora que estoy muy seguro de no haber sido engañado, puedo deciros toda la verdad; general, vuestra hija vive.

El general arrojó un grito de sorpresa.

— ¡Vive! dijo; ¿estáis seguro?

— He tenido noticias suya hace tres días, dijo sencillamente Salvador.

— ¡Vive! ¡vive! exclamó el general. ¿Dónde está?

— Esperad un momento, general, dijo Salvador sonriendo y apoyando su mano sobre el brazo del general; antes de deciros dónde está, permitidme referiros, ó más bien recordaros una historia.

— ¡Oh! hablad, dijo el general; tan sólo os pido que no me hagáis esperar inútilmente.

— No hablaré una palabra que no sea necesaria, replicó Salvador.

— Si, si; pero hablad.

— ¿Os acordáis de la noche del 21 de Mayo?

— ¡ Sí me acuerdo ! exclamó el general tendiendo la mano á Salvador ; ¡ ya lo creo ! en esa noche tuve la suerte de conoceros, amigo mio.

— ¿ Recordáis, general, que yendo á buscar la pruebas de la inocencia de Mr. Sarranti en el parque de Viry, salvamos de manos de un miserable á una joven que había sido robada y que volvimos á su prometido ?

— ¡ Oh ! ¡ ya lo creo que me acuerdo ! ese miserable se llamaba Loredán de Valgeneuse, el cual deshonor el nombre de su padre. La joven se llamaba Mina, como mi hija ; por último, el joven se llamaba Justino. Ya veis que no he olvidado nada.

— ¡ Pues bien ! general, dijo Salvador, acordaos de otra circunstancia, quizá una de las más importantes de la historia de los dos jóvenes, y no tendré más preguntas que haceros.

— Recuerdo, dijo el general, que había sido encontrada, recogida y criada por un fundador ; robada de la casa pensión por Mr. de Valgeneuse. Esa casa estaba situada en Versalles. ¿ Es eso lo que queréis que recuerde ?

— No ; eso, general, es el hecho, es la historia : lo que yo deseo recordéis, es un detalle, pero que forma sencillamente la moralidad de la aventura ; os suplico llaméis la memoria en vuestra ayuda.

— Ignoro lo que queréis decirme, amigo mio.

— Entonces, me corresponde á mi el ayudaros. ¿ Qué les ha sucedido á los dos jóvenes ?

— Se han marchado al extranjero.

— Muy bien ; en efecto, han marchado, y vos fuisteis, general, quien les facilitasteis el dinero necesario para el viaje, y para que pusiesen casa.

— No hablemos de eso, amigo mio

— No hablemos más, si así lo queréis. Pero por eso hemos llegado á ese interesante detalle ; un escrúpulo me contiene, os lo he dicho ; en el momento de hacer marchar á los jóvenes, un día ú otro se encontrará á los parientes de la joven ; si son nobles, ricos y poderosos, ¿ no reprimirán á Justino ? Vos me habéis contestado...

— Os he contestado, interrumpió vivamente el general, que los parientes de la joven no podían reprimir al hombre que había recogido á su hija que ellos habían abandonado, al que la había criado como á su hermana, salvándola desde luego de la miseria y después del deshonor.

— Y yo añado, general, recordad mis palabras : ¿ Y si vos fueseis el padre de la joven ?

El general se estremeció ; en aquel momento sólo descubría la verdad desnuda, que hasta entonces sólo había entrevisto.

— Concluid, dijo el general.

— Así, pues, si en vuestra ausencia hubiese corrido vuestra hija los riesgos que ha corrido la prometida de Justino, ¿ perdonaríais al hombre que en vuestra ausencia ha dispuesto de la suerte de vuestra hija ?

— No sólo, amigo mio, le abriría los brazos como al esposo de mi hija, os he dicho, sino que lo bendeciría como á mi salvador.

— Efectivamente, vuestra contestación textual fué esa ; pero repetiríais esas palabras hoy, si os dijese : general, ¿ y si se trata de vuestra hija ?

— Amigo mio, dijo solemnemente el general, he jurado fidelidad al emperador, es decir, que he hecho juramento de vivir y morir por él. No he podido morir ; vivo por su hijo.

— ¡ Pues bien, general! dijo Salvador, vivid también para vuestra hija, porque ella es la que Justino ha salvado.

— ¡ Qué! aquella hermosa niña que vi en la noche del 21 de Mayo, exclamó el general, era... es...

— Vuestra hija, general, dijo Salvador.

— ¡ Mi hija! ¡ mi hija! exclamó el general ebrio de alegría.

— ¡ Oh! ¡ amigo mio! dijo Mr. Sarranti cogiendo la mano del general, testimoniándole por aquel apretón la parte que tomaba en su dicha.

— Pero, dijo el general dudando aún, asegurádmelo, amigo mio; qué queréis, no se acostumbra uno tan pronto á ser dichoso. ¿ Cómo habéis llegado á tener, no diré conocimiento, sino certidumbre de esos hechos?

— Sí, dijo Salvador con una sonrisa, comprendo, tenéis necesidad de quedar convencido.

— Pues entonces, si estabais convencido, ¿ por qué haber esperado hasta hoy?

— Porque he querido tener una seguridad completa. ¿ No valia más esperar, que desgarraros el corazón por una falsa alegría? Desde que esto me fué posible, me trasladé á Rouen. Pregunté por el cura de La Bouille y había muerto. Una criada me dijo entonces que, algunos días antes, un caballero de París, que por su aire se conocia era militar, aunque llevaba traje de paisano, había ido á preguntar por el cura, y en su defecto, por una persona que pudiese darle noticias sobre una niña, criada en el pueblo, pero que había desaparecido hacia cinco ó seis años. Adiviné fácilmente que habiais sido vos, general, y que vuestras pesquisas habían sido infructuosas.

— En efecto, dijo el general, no os engañasteis

— Entonces, me informé por el alcalde de la parroquia si no había en el país personas que llevasen el apellido de Boivin, y me dió noticia de cuatro ó cinco que vivían en Rouen. Los visité á todos uno después de otro, y acabé por descubrir una mujer del mismo apellido, que había heredado las pequeñas economías, muebles y papeles de la hermana de su abuelo. Esta mujer había cuidado á Mina durante cinco años; la conocia, por tanto, perfectamente; y si yo hubiese conservado alguna duda, la carta que encontré y que acabo de entregaros, la hubiera muy pronto disipado.

— ¿ Y dónde está mi hija? ¿ dónde está mi hija? exclamó el general.

— Está, ó más bien, porque en adelante debéis hablar en plural, están en Holanda, donde viven cada uno en su habitación uno enfrente del otro, como los canarios á quienes los holandeses someten al régimen celular para enseñarlos á cantar.

— Parto para el Haya, dijo el general levantándose

— Queréis decir, partimos, ¿ no es cierto, mi querido general? dijo Mr. Sarranti.

— Siento no poder partir con vosotros, dijo Salvador; por desgracia, la situación política es muy complicada en este momento para que yo abandone á París.

— Hasta la vista, mi querido Salvador, porque comprenderéis que no me despido ahora de vos. Pero, añadió el general frunciendo el entrecejo, tengo que hacer una visita antes de marchar y esa visita me lo va á retardar veinticuatro horas.

En el fruncimiento del entrecejo lo adivinó todo Salvador.

— Sabéis de quién quiero hablar, ¿ no es cierto? dijo el general

— Si, general, pero esta visita no os retardará mucho tiempo; Mr. de Valgeneuse está en este momento fuera de París.

— Lo esperaré, dijo resueltamente el general.

— Esto podría retardar vuestro viaje indefinidamente. Mi querido primo Loredán se marchó anteayer y no volverá hasta que vuelva la persona en cuya persecución ha ido. Esta persona es Mad. de Marande, de quien se ha declarado adorador; manifestación que un día u otro podrá no ser del gusto de Juan Robert, ó de Mr. de Marande, el cual autoriza á su mujer para tener un amante, pero que no autoriza á nadie para que blasoné de ello. En este momento está persiguiéndola en Picardía, donde Mad. de Marande ha ido á visitar á una de sus tías, que está gravemente enferma. La vuelta de Mr. de Valgeneuse está subordinada á la de Mad. de Marande, por lo cual os aconsejo, mi querido general, que partáis lo más pronto posible, es decir, hoy.

Á vuestra vuelta, Mr. de Valgeneuse estará, según todas probabilidades, en París, y entonces podréis ocuparos de él. Pero no sé qué presentimiento tengo de que no tendréis que volveros á ocupar de Mr. de Valgeneuse.

— Mi querido Salvador, dijo el general, sin comprender bien las palabras del joven, no miraré como amigo al que ocupe mi lugar en semejante circunstancia.

— Tranquilizaos, general, y miradme siempre como un amigo; porque tan cierto es que soy amante de la libertad, y vos lo sois del emperador, como que no tocaré un cabello de la cabeza de Mr. de Valgeneuse.

— Gracias, dijo el general estrechando con efusión la mano de Salvador. ¡ Oh! esta vez, ¡ adiós!

— Permitidme acompañaros al menos hasta la barrera,

dijo Salvador levantándose y tomando su sombrero; os hace falta un carruaje y voy á proporcionaros el que ha llevado á Justino y Mina á Holanda, y quizá también; ¡ quién sabe! al hombre que los ha conducido, y que podrá hablaros de ella durante el camino.

— ¡ Oh! Salvador, dijo melancólicamente el general, ¡ por qué os he conocido tan tarde! Nosotros tres, añadiéndole la mano á Mr. Sarranti, hubiéramos conmovido el mundo.

— Todavía queda que hacer, dijo Salvador; sólo se ha perdido un poco de tiempo.

Y los tres amigos se dirigieron á la calle d'Enfer.

Cerca del hospicio des Enfants-Trouvés estaba situada la casa del carruaje, donde Salvador habia alquilado la silla de posta en la que Justino y Mina habian partido para Holanda.

Encontraron el carruaje y al postillón.

Una hora después, el general Le Bastard de Premont y Mr. Sarranti abrazaban á Salvador, y el carruaje se alejaba rápidamente atravesando la barrera de Saint-Denis.

Dejémosle seguir el camino de Bélgica, y sigamos nosotros el carruaje que se encontraron al pasar por la iglesia de Saint-Laurent.

Si el general lo hubiera reconocido, habria puesto algún impedimento á su viaje, porque era el de Mad. de Marande, quien habiendo llegado muy tarde para dar el último adiós á su tía, volvía apresuradamente á París, donde la esperaba Juan Robert con una impaciencia febril.

Ahora, recordando lo que Salvador habia dicho sobre la vuelta de Mad. de Marande, se comprende que debia venir también Mr. de Valgeneuse.

Pero el general no conocía ni á Mad. de Marande ni al carruaje, lo que hizo que continuara rápida y alegremente su camino.

## CAPÍTULO XII.

DONDE SE PRUEBA QUE EL OÍDO NO ES EL SENTIDO  
QUE MENOS VALE.

¿ Os acordáis, queridos lectores, de aquella preciosa habitacioncita toda forrada de persia, que en ciertas horas habitaba Mad. de Marande y en la que hemos tenido la indiscreción de hacer os penetrar? Si alguna vez habéis estado enamorados, conservaréis todavía el recuerdo; y si estáis enamorados aún conservaréis el perfume. Pues bien, en esta habitación, en este nido, en esta capilla del amor, es donde vamos á introducir os otra vez, sin que temamos desagradaros, enamorados presentes ó enamorados pasados.

Estamos en la tarde misma en que entró Mad. de Marande en París.

Usando Mad. de Marande del derecho que le había concedido su marido, y que éste no le ha retirado desde que la cartera de ministro de hacienda le cupo en suerte en la nueva combinación ministerial, halla amorosamente con nuestro amigo Juan Robert, el cual, sentado ó más bien de rodillas — ya hemos dicho que esta habitación era una capilla — delante de la divinidad del lugar, le cuenta una de sus largas y tiernas historias que tan bien cuentan todos los enamorados, que el oído de la mujer que ama no se cansa nunca de oír.

En el momento en que os introducimos en el santuario, Juan Robert ciñe con sus brazos la delicada y graciosa cintura de la joven, y, mirándola frente á frente, como si no fuera bastante leer en su rostro y como si quisiera leer hasta el fondo de su corazón le preguntó:

— ¿Cuál es, amor mío, según vuestra opinión, el sentido que menos vale?

— Todos los sentidos me parece que tienen igual valor, amigo mío, cuando estáis vos ahí.

— Gracias. Pero, sin embargo, no os parece que hay uno que vale más ó menos que otro, ¿ó unos que valen más ó menos que otros?

— Indudablemente; hay uno que no forma parte de los cinco sentidos, pero que yo misma he descubierto.

— ¿Cuál, querido Cristóbal Colón del país de la Ternura?

— Aquel que hace, cuando os espera amado mío, que ni vea, ni oiga, ni respire, ni sienta, ni toque: en una palabra, el sentido de la espera; ved ahí el que me parece de menos valor que los otros.

— ¿Me habéis pues, esperado verdaderamente?

— ¡Ingrato! ¿Acaso no os espero siempre?

— Querida Lidia, ¿si dijerais la verdad!

— ¡Bendito sea Dios, todavía lo duda!

— No, amor mío, no lo dudo, lo temo..

— ¿Y qué podéis temer?

— Lo que teme el hombre perfectamente dichoso, el hombre que no tiene nada que desear, nada que pedir al cielo, ni aun el mismo cielo. — ¡todo!

— Poeta, exclamó coquetamente Mad. de Marande rozando con sus labios la frente de Juan Robert, os acordáis de vuestro abuelo Juan Racine: